
2052 – A Global Forecast for the Next Forty Years,
Jorgen Randers 169
Jorge Riechmann

Lo que el dinero no puede comprar. Los límites morales del mercado, Michael J. Sandel 171
Elaine da Silva Vianna

Un buen encaje en los ecosistemas,
Jorge Riechmann 173
Rafael Hernández del Águila

Carbon Democracy. Political Power in the Age of Oil,
Timothy Mitchell 175
Carlos Jesús Fernández Rodríguez

2052 – A GLOBAL FORECAST FOR THE NEXT FORTY YEARS

Jorgen Randers

Chelsea Green Publishing, White River Junction (Vermont) 2012

394 págs.

«No me hables más de desastres»... La gente quiere desconectar, apartar la mirada de las realidades angustiosas. Tomarse unas vacaciones: también, demasiadas veces, vacaciones de la conciencia moral y de las responsabilidades políticas. Pero las emisiones de gases de efecto invernadero no se van de vacaciones. Los movimientos del capital financiero no toman vacaciones. Las extracciones de la megaminería no se van de vacaciones. Los organizadores de los nuevos fascismos no toman vacaciones.

En 2012 se publicó un informe al Club de Roma que ha pasado asombrosamente inadvertido (o no tan asombrosamente, si se toma nota de lo que acabo de indicar). Jorgen Randers, investigador noruego miembro del equipo original que redactó *The Limits to Growth* (publicado como se sabe en 1972), ha ofrecido en este libro su predicción sobre lo que es más probable que ocurra en el siglo XXI, a partir de todo su trabajo anterior en dinámica de sistemas y de las aportaciones especializadas de cuarenta expertos en diversos ámbitos de las ciencias naturales y sociales. Y hay que subrayar aquí la palabra *predicción*: *The Limits to Growth* y sus sucesivas actualizaciones (en 1992 y en 2004: véase la historia de esa investigación excelentemente reconstruida por Ugo Bardi en *Los límites del crecimiento retomados*, Los Libros de la Catarata, Madrid 2014) practicaban análisis de escenarios, como una herramienta heurística y exploratoria de la dinámica básica de las sociedades industriales en su choque contra los límites biofísicos del planeta. En cambio, Randers en este libro sí que intenta ofrecer su mejor y más fundada conjetura sobre lo que es más probable que ocurra en el siglo XXI. Hay una razón biográfica en esta

forma de proceder: el intento de ganar paz de espíritu tras domeñar un doloroso duelo por la naturaleza que estamos destruyendo.

El pronóstico de Randers se parece sobre todo al escenario dos de *Los límites del crecimiento*: crisis de contaminación, con el dióxido de carbono como el principal contaminante persistente a largo plazo. El investigador noruego no prevé una suerte de apocalipsis global durante los cuatro decenios que nos separan de 2052, sino más bien una lamentable cuesta abajo donde crecen colapsos parciales, graves conflictos y bolsas de miseria mientras que el BAU (*business as usual*) trata de seguir su huida hacia delante. Los recursos de todo tipo van agotándose, y hay que invertir cada vez más simplemente para mantener el funcionamiento habitual de sistemas cada vez más disfuncionales. Eso sí, las cosas se pondrían mucho peores en la segunda mitad del siglo XXI: se ve venir un calentamiento climático autorreforzado y descontrolado que puede llevar contra las cuerdas a los seres humanos en todo el planeta. La síntesis de este estudio científico sería (puede consultarse, junto con mucha otra información de interés, en la web www.2052.info):

La población mundial se estancará antes de lo esperado debido a que la fertilidad caerá drásticamente en una población cada vez más urbanizada (se pasará del 50% de población urbana en 2010, a un 70% hacia 2050). La población llegará a su máximo en 8.100 millones de personas poco después de 2040, para luego reducirse.

El PIB mundial crecerá más lentamente de lo esperado, debido al menor crecimiento de la población, a la disminución de las tasas de crecimiento de la productividad laboral y a la agitación sociopolítica creciente. Hacia 2050 el PIB mundial alcanzará 2,2 veces los niveles de 2010.

El crecimiento de la productividad será más lento que en el pasado porque las economías nacionales están madurando; debido también al aumento de los conflictos sociales; y debido a los crecientes impactos negativos de los fenómenos meteorológicos extremos.

La tasa de crecimiento del consumo mundial se desacelerará, pues un porcentaje creciente del PIB tendrá que ser asignado a inversión con el fin de tratar de paliar los problemas creados por el cambio climático, la escasez de recursos y la pérdida de biodiversidad. El consumo mundial de bienes y servicios llegará a su máximo hacia 2045.

Los costes de reparación serán cada vez mayores. Como consecuencia del incremento de la inversión social en las próximas décadas (aunque será a menudo involuntaria y reactiva, como respuesta a las crisis agudizadas), los problemas de recursos naturales y la crisis climática no serán catastróficos antes de 2052. Pero habrá mucho sufrimiento innecesario, a causa del calentamiento climático, ya antes de mediados de siglo.

Estamos emitiendo, a comienzos del siglo XXI, dos veces más dióxido de carbono del que puede ser absorbido por los sumideros del planeta (sus océanos y bosques). Las emisiones alcanzarán su máximo hacia 2030 y descenderán a partir de entonces; pero ello no bastará para ralentizar el calentamiento. El peligroso umbral de los dos grados centígrados por encima de las temperaturas preindustriales promedio se alcanzará ya hacia 2050 (con unas 500 ppm en la atmósfera por entonces).

La falta de una respuesta humana específica y contundente en la primera mitad del siglo XXI va a situar al mundo en el peligrosísimo camino hacia un calentamiento global autorreforzado, descontrolado y desastroso en la segunda mitad del siglo XXI. El cortoplacismo del capitalismo y la democracia representativa será responsable de que las decisiones prudentes necesarias para lograr el bienestar a largo plazo no se tomarán a tiempo.

La población mundial será cada vez más urbana, vivirá en ciberentornos cada vez más virtuales, y carecerá de la voluntad de proteger la naturaleza por su propio bien. La biodiversidad se verá gravemente afectada. El mundo natural desaparecerá, excepto en las áreas protegidas.

Los impactos variarán grandemente entre las cinco regiones analizadas en el libro: los Estados Unidos; las otras naciones de la OCDE (incluida la Unión Europea, Japón y Canadá, entre otros países industrializados); China; los llamados BRISE (Brasil, Rusia, India, África del Sur y diez otras grandes economías emergentes); y el resto del mundo (los 2.100 millones de personas en la parte inferior de la escala de ingresos). El perdedor quizá más sorprendente será la actual elite económica mundial, y particularmente los Estados Unidos (que experimentarán un estancamiento del consumo per cápita para las próximas generaciones). China será el principal ganador. Los BRISE progresarán. El resto del mundo seguirá siendo pobre, y de hecho habrá muchísima pobreza –tanto en el mundo “desarrollado” como en el “subdesarrollado”.

Todos –y en particular los pobres— vivirán en un mundo progresivamente más desordenado y con el clima dañado, con impactos cada vez más severos en la segunda mitad del siglo XXI. Las grandes migraciones –de gente que abandonará zonas inhabitables cada vez más amplias— darán lugar a conflictos armados. Pues, augura Randers, «la respuesta humana llegará demasiado tarde».

El capitalismo industrial arrancó, en la segunda mitad del siglo XVIII, con impresionantes, utópicas promesas de riqueza y libertad: podemos releerlo en el “sistema de libertad natural” que promovió Adam Smith con su *Riqueza de las naciones* (1776). Todo indica que el capitalismo concluirá, tres siglos después, en un colapso ecológico-social que entraña inmensas cantidades de destrucción biosférica y de sufrimiento evitable. Quizá lo que hoy está a nuestro alcance no es ya evitar ese colapso, sino atenuar el sufrimiento y la destrucción.

Jorge Riechmann
departamento de Filosofía de la UAM

LO QUE EL DINERO NO PUEDE COMPRAR. LOS LÍMITES MORALES DEL MERCADO

Michael J. Sandel

[traducción de Joaquín Chamorro Mielke]
Barcelona, 2013

254 págs.

En esta obra Michael J. Sandel, prestigioso catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad de Harvard, propone uno de los debates más inquietantes de nuestra época: ¿qué límites deberían ponerse a unos mercados cada vez más invasivos que penetran cada vez más aspectos de la vida social? El autor se pregunta hasta qué punto la lógica mercantil llega a gobernar nuestras vidas y si aún hay algo que el dinero no puede comprar. A juzgar por los ejemplos de las primeras páginas del libro, se diría que muy pocas cosas: los vientres de alquiler de mujeres indias cuestan 6.250 dólares, el derecho a emigrar a EEUU medio millón de dólares, alquilar un espacio de la propia frente (u otra parte de nuestro cuerpo) para exhibir publicidad comercial 777 dólares, mientras que el combatir como mercenario de una empresa de seguridad privada en Somalia o Afganistán se paga desde 250 dólares al mes a 1.000 dólares al día, según cualificación, experiencia y nacionalidad.

Recorriendo diversas situaciones, reales e hipotéticas, que ponen en cuestión los valores de la sociedad capitalista, Sandel va desarrollando sus planteamientos de una forma que hace visible que el tema es más complejo de lo que una puede imaginar en una primera ojeada.

En un momento histórico en que la economía fue conquistando un dominio de pro-

porciones descomunales, el autor nos invita a repensar el papel que los mercados deberían desempeñar en una economía decente. Empleando una importante pareja de categorías que procede de Karl Polanyi (aunque sin citarlo), Sandel declara que imperceptiblemente y sin decidirlo hemos pasado de tener una *economía de mercado* a ser una *sociedad de mercado* (donde «una sociedad de mercado es una manera de vivir en la que los valores mercantiles penetran en cada aspecto de las actividades humanas; un lugar donde las relaciones sociales están hechas a imagen del mercado», p. 18).

Partiendo del supuesto de que la era del triunfalismo del mercado debería llegar a su fin (sobre todo después del colapso de Wall Street en 2008) y de que el liberalismo ya tuvo su oportunidad para demostrar que podría regularse solo, y falló, lo que propone el catedrático es una recuperación del espacio que la lógica de los mercados (sobre todo los financieros) fue ganando a lo largo de las últimas tres décadas de forma deliberadamente impuesta.

En un tiempo donde parece que todo se puede comprar y vender, este libro trata de entender cómo se decide qué valores deberían establecerse para los diversos ámbitos de la vida social y cívica; qué criterios aplicar a los valores no mercantiles y –en el caso de los valores expresables crematísticamente– cómo decidir cuánto dinero estaríamos dispuestos, o no, a pagar por determinadas cosas. El autor se pregunta qué es lo que actualmente tiene un precio, pero no debería tenerlo. ¿Deberíamos pagar –como ya se está haciendo en escuelas de EEUU– para que los niños lean un libro o saquen buenas notas? ¿Y por saltarse una cola? ¿Deberíamos pagar por un permiso para

contaminar el medio ambiente? ¿Y por el derecho a matar un animal en peligro de extinción? ¿Deberíamos pagar por un órgano humano? ¿Y por un bebé?

Cuando bienes como la salud, la educación, la vida familiar, la naturaleza, el arte, la participación cívica y política, etcétera, entran en esta lógica mercantil, la cosa se complica. Por dos razones básicas, para Sandel: «una es la producción de desigualdad, y la otra la corrupción» (p. 16). Por una parte, en una “sociedad de mercado” el acceso a aquellos bienes básicos va a quedar determinado por la posesión –o no– de dinero, incrementándose las desigualdades e injusticias. Por otra parte, «poner un precio a las cosas buenas de la vida puede corromperlas. Porque los mercados no sólo distribuyen bienes, sino que también expresan y promueven ciertas actitudes respecto a las cosas que se intercambian. Pagar a niños por leer libros podrá hacer que lean más, pero también les enseña a ver en la lectura una tarea más que una fuente de satisfacción en sí. Adjudicar plazas para el primer curso escolar al mejor postor podrá incrementar los beneficios del colegio, pero también mina su integridad y el valor de su diploma...» (p. 17). No es cierto, insiste Sandel, que los mercados no afecten a los bienes intercambiados en ellos: dejan su marca –que en ocasiones puede ser una marca de degradación, llegando a resultados contraproducentes.

En el primer capítulo el autor nos expone el problema de las colas, presentando algunos ejemplos de cómo una práctica que antes representaba una instancia democrática fue absorbida por el mercado y pasó a regirse por la lógica del dinero. En general las colas significan que las personas son atendidas por su orden de llegada; pero actualmen-

te se salta de la “ética de la cola” a la “ética del mercado”, en muchos ámbitos de la vida social (como las citas médicas, los carriles especiales en autopistas o los aeropuertos). Uno se preguntará quizá: ¿pero qué mal hay en atender primero a la gente que paga más? A lo que contesta el autor que el problema se encuentra en la capacidad del mercado de ir desplazando las normas morales y sociopolíticas, y así inducir esos fenómenos de desigualdad y corrupción.

Se desplazan hasta un punto que la gente ya no se pregunta si algo está o no en venta, sino cuánto estaría uno dispuesto a pagar. Por lo que Sandel introduce el asunto de los incentivos (capítulo 2), discurso dominante en las teorías económicas de nuestra época, que se presentan como el verdadero eje de la vida moderna. El autor señala cómo ha progresado el uso del término “incentivar” (desde la década de 1980 hasta el año de 2011, en los discursos de Presidentes, Jefes de Estado y sobre todo economistas) con la intención de demostrar que el concepto encapsula buena parte de la actual lógica mercantilizadora. Se pretende que la solución de todos los problemas estaría en diseñar el sistema adecuado de incentivos, en general económicos, para un *Homo economicus* gestionable a base de palo y zanahoria; pretensión desmentida por los hechos. Un ejemplo ilustrativo es el de cierto experimento que se llevó a cabo en una guardería israelí: con la intención de reducir el creciente número de retrasos en la recogida de los niños y niñas, la institución implantó una multa para los padres que no respetasen el horario establecido... y ocurrió que la tasa de retrasos se duplicó. «Los padres interpretaron la sanción como una tarifa que estaban dispuestos a pagar. Y no solo eso: cuando, transcurridas unas doce

semanas, las guarderías eliminaron la sanción, aquella nueva y elevada tasa de retrasos persistió. Una vez que el pago hubo afectado a la obligación moral de ser puntual, resultó difícil que el antiguo sentido de la responsabilidad se recuperara» (p. 122).

Con semejante teorización de los incentivos, la economía neoliberal se aleja mucho de la “mano invisible” que proponía Adam Smith y el intento de regulación de las conductas pasa a ser, no sólo visible, sino abiertamente intencional. Por lo que la siguiente pregunta que hace Sandel es ¿cómo decidimos qué bienes y actividades pueden comprarse y venderse y cuáles no? Es decir, ¿existen cosas que el dinero no puede comprar, tales como la amistad, el honor o las disculpas? El autor sostiene que sí, todavía hay cosas que no están en venta, pero que una sociedad dirigida por el mercado hace que sentimientos como el altruismo, la generosidad, la solidaridad y el civismo se debiliten. Por lo que propone que la renovación de la vida pública debe pasar por la práctica de estos con más energía.

El autor sostiene que «la era del triunfalismo del mercado ha tocado a su fin. La crisis financiera (2008) hizo más que poner en duda la capacidad de los mercados para repartir el riesgo de manera razonable. También extendió la sensación de que los mercados se han alejado de la moral y de que necesitamos algún modo de recuperarla. Pero lo esto signifique, o el modo en que debamos hacerlo, no es algo obvio» (p. 14). Sandel nos incita vigorosamente a preguntarnos en qué tipo de sociedad queremos vivir: si en una donde todo esté en venta o en una donde determinados valores morales, políticos y cívicos no pueda comprarlos el dinero.

Elaine da Silva Vianna

UN BUEN ENCAJE EN LOS ECOSISTEMAS

Jorge Riechmann

Los Libros de la Catarata, Madrid, 2014

384 págs.

Recién acabada la lectura atenta de *Un buen encaje de los ecosistemas* de Jorge Riechmann, un azar (¿?) inexplicable me trae a la mente la obra de aquel romano, Lucrecio, seguidor y transmisor de aquel genial griego Epicuro. Como es bien sabido, Lucrecio se afana en la titánica tarea de explicar el mundo, sus esencias, leyes y contingencias en miles de densos versos en los que intenta, con impar suerte que le lleva a ser obra indiscutible en el canon clásico, compaginar poesía con ciencia. Ciencia epicúrea en este caso.

¿Me habrá acordado de Lucrecio porque la obra que ahora reseñamos es también la de un poeta?. Quizás. ¿Será esa coincidencia la que produjo la conexión diacrónica Riechmann-Lucrecio?. Pensando con un poco de detenimiento en la sugerencia más o menos inconsciente que mi mente me propone recién dejado el libro de Riechmann, numerosas analogías acuden en mi análisis para explicar el peculiar parangón entre dos grandes poetas.

Quede claro, antes de seguir adelante con el comentario, que no estamos reseñando una obra poética de Jorge Riechmann. Pero es un poeta, un gran poeta, el que nos propone una obra monumental que intenta poner un mucho de luz en una demasiado y desgraciadamente dominante visión inviable del mundo. Riechmann, con admirable destreza y solvencia, nos propone infinidad de datos y argumentos, absoluta y perentoriamente necesarios, para que conozcamos y reflexionemos –*de rerum natura*– acerca de la naturaleza de las cosas. Naturaleza de la naturaleza, naturaleza del ser humano. ¿O es que hay una cesura entre ambos ámbitos? ¿Puede entenderse la naturaleza de los asuntos humanos haciendo abstracción de Bios-Eco-Natura?

Para Jorge Riechmann, y bien que lo lleva diciendo claramente hace muchos años a través de su prolífica obra, la fértil hibridación ser humano-naturaleza constituye una evidente *rerum natura*. Nuestro autor en una extensísima obra de impagable labor lo viene mostrando y demostrando: Naturaleza y ser humano constituyen un real binomio inseparable: Un sistema estructural y funcionalmente interactuante e interdependiente

No es lugar esta breve reseña sobre una de sus últimas obras, para describir y glosar la calidad y coherencia de la producción intelectual de Jorge Riechmann. Digamos que *Un buen encaje en los ecosistemas* constituye un pilar no pequeño en el sorprendente edificio intelectual que Riechmann lleva construyendo desde hace décadas. Y no sólo porque es la “cuarta pata” del “banco” de su tetralogía (*Un mundo vulnerable, Todos los animales somos hermanos, Gente que no quiere viajar a Marte y Biomimesis*, todos ellos en Los libros de la Catarata) sino porque es una segunda edición revisada, que consolida y mejora una obra que, para el que esto escribe, se inscribe de pleno derecho y sin discusión en la categoría de clásico absoluto del pensamiento crítico en lengua española. Buena estela para Manuel Sacristán y Paco Fernández Buey por los que Riechmann mostró siempre una confesada relación de magisterio y complicidad intelectual. Por cierto, y hablando de los clásicos, el propio Riechmann ha tenido y tiene un papel claro y determinante en la colección de «Clásicos del pensamiento crítico» que la misma editorial de Biomimesis ofrece a un público que intente ir más allá de lo contemporizador y banal en estos duros y tristes tiempos para la “lírica” y para tantas cosas esenciales.

Descendiendo a la forma y contenidos de la obra que nos ocupa ahora, resulta imposible y “casi” innecesario, dada la extensión y finalidad de esta reseña, hacer un resumen de la estructura y contenido del libro. En ese sentido, resulta suficientemente explícita la muy buena labor que hace Luciano Espinosa, de la Universidad

de Salamanca, en el prólogo, en el que no sólo resume la obra sino que la contextualiza de manera muy atinada. A ella remitimos al lector de la obra que, incluso en el caso de desconocimiento de libros anteriores de Riechmann, podrá sumergirse en este sin problema. Si el lector potencial de esta obra fuese neófito en la producción “riechmanniana” constituye una muy buena y recomendable forma de incorporarse al “club” de seguidores de tan importante autor en el campo del ensayo ecológico-ambiental-político (¿Cómo definir sin simplificar el carácter de los ensayos de Riechmann?). Aquí encontrará el lector una buena muestra del trabajo de nuestro autor. Prosa intachable, argumentación sólida, documentación apabullante... ¿Para qué seguir? Otras virtudes añadidas de la obra son los distintos niveles de lectura posibles, facilitados, y esto es mérito de la edición que conviene resaltar, por la propia distribución y configuración de la tipografía, los distintos bloques del texto, etc.

Un buen encaje en los ecosistemas es antes que nada, y por si no ha quedado claro a estas alturas de la reseña, una excelente y muy recomendable obra. Aun cuando forma parte de una tetralogía, puede leerse sin conocer las anteriores o incluso sin conocer la trayectoria y producción previa del autor. En ese sentido podríamos considerarla una excelente introducción-inmersión en una más adecuada “naturaleza de las cosas”. El mundo va mal –el humano en primer lugar- decimos, nos decimos, nos dicen. ¿Qué claves tenemos para entender por qué va mal? ¿Son suficientes y mínimamente consistentes? Probablemente y de manera desgraciadamente generalizada, no. ¿Por qué estamos en crisis? ¿Qué esconde esta crisis. ¿Qué es lo que está en crisis?, etc. etc. Jorge Riechmann muestra y, en nuestra opinión demuestra irrefutable, que la cosa va de una nefasta e increíble ceguera acerca de nuestras formas de relacionarnos con la naturaleza y con nosotros mismos. Problemas ecológicos y problemas socio-políticos van de la mano. No hay futuro posible sin una transformación profunda de la relación

entre naturaleza y sociedad. Vivimos en una tecnosfera (¡oh *delirium tremens* de la tecnología!, diría quien esto escribe) mal diseñada. No podemos crecer más en un mundo saturado, lleno, contaminado... La naturaleza es, entre otras cosas, una fuente nutricia, barata y disponible de buenas soluciones a nuestro "habitar el mundo". Ese es uno de los principios básicos en los que se sustenta este libro. La naturaleza es *magistra vitae*. Maestra de vida. La vida es maestra. Maestra de nuestra propia vida. O debería serlo con principios tan obvios (y tan desconocidos o poco valorados social, política, económica o tecnológicamente, así nos va) como homeostasis, el sol como fuente energética, la necesidad de cerrar los ciclos de materiales, el respecto a la biodiversidad, etc.

Pero la obra de Riechmann no acaba ahí, lo cual no sería poco, sino que dedica varios capítulos al enunciado, discusión y defensa argumentada de un ecosocialismo como crítica radical al capitalismo. Capítulos de obligada recomendación para quienes quieran conocer en profundidad en qué puede y debe consistir una crítica ecologista al capitalismo. Algo mucho más profundo y necesario de lo que los tópicos y lugares comunes nos quieren hacer ver.

¿Es posible aún la sustentabilidad, se pregunta Riechmann? ¿Por dónde comenzar? Primero, por saber de qué estamos hablando cuando hablamos de sostenibilidad o sustentabilidad. ¿Qué nos traemos entre manos, en definitiva? Para ello, este libro resulta muy recomendable, casi imprescindible.

¿Y qué hacer? Jorge Riechmann propone un ecologismo epicúreo (capítulo 13) y reivindica el papel, el lugar insobornable, de la belleza. Riechmann, poeta también y hasta la médula, hace un importantísimo, ineludible guiño a la estética. ¿Quién dijo que ciencia, razón, activismo político, ecologismo, moralidad, sensibilidad... son ámbitos separados y separables? Para nuestro autor constituyen ámbitos absolutamente entrelazados e indisolubles. Nuestra visión del mundo, nuestras formas de percibir "la naturaleza de las cosas" depende de nuestras

formas de imbricar y relacionar ámbitos como los descritos. Pensar, sentir, vivir..., de eso se trata. La biomimesis es una ineludible herramienta para mejor pensar, sentir, vivir... La biomimesis nos permite conocer mejor la realidad. Afina nuestras posibilidades de percepción.

Este libro, pues, amplía nuestras posibilidades de saber acerca de la realidad, como paso previo a la modificación de los valores que le dan sentido a nuestra vida, como personas, sociedades, grupos, culturas o civilizaciones. Conocer, percibir mejor, sí, pero como paso previo al cuestionamiento y la rebelión. Digámoslo con palabras del propio Riechmann en su obra *Canciones allende lo humano* (Hiperión, 1998):

«La realidad contiene primordialmente lo que uno puede percibir y lo que uno va buscando de ella, y al obrar así inevitablemente dejamos fuera de nuestro mundo la mayor parte de la realidad».

«Frente al supuesto único camino posible, un paso atrás y un silencio: el que precede al cuestionamiento que precede a la rebelión. No somos inocentes pero no estamos obligados a ser cómplices. Desechada la mirada inocente nos queda la mirada trágica, que no tiene por qué desembocar en resignación, nihilismo, apatía o inacción. Nuestro espacio es el brevísimo que se extiende entre el poco o la nada».

Rafael Hernández del Águila
Universidad de Granada

CARBON DEMOCRACY. POLITICAL POWER IN THE AGE OF OIL

Timothy Mitchell

Verso, Londres, 2011

278 págs.

Durante las últimas décadas, se ha repetido a menudo (siguiendo la clásica sentencia de Lyotard) que las denominadas metanarrativas

—teorías de largo alcance con pretensiones de explicación total de los fenómenos sociales, capaces de proporcionar un diagnóstico de los grandes cambios sociales atribuyéndolos a causas concretas y específicas, y entre las que se incluirían, entre otras, el marxismo» habían entrado en una crisis, lo que implicaría que científicos y teóricos sociales debían dedicar sus esfuerzos a proyectos de menor alcance y ambición. Sin embargo, de vez en cuando se publican textos que, de manera rotunda, reivindicaban de nuevo la posibilidad de construcción de una gran teoría. Es el caso de la última obra del experto en estudios orientales Timothy Mitchell, titulada *Carbon Democracy*. Singular síntesis de historia y ciencia social, “Democracia de carbono” plantea un argumento muy sugerente, como es la relación existente entre formas políticas democráticas y el uso de combustibles fósiles, que el autor había ido exponiendo en artículos publicados anteriormente (e incluidos como capítulos de este libro). El autor quiere tratar de desafiar algunas ideas, presentes en el imaginario occidental, en relación a Oriente Medio, como es la denominada “maldición del petróleo” —por la que la posesión de petróleo tendría una relación directa con la emergencia de regímenes políticos autoritarios— y la necesidad de exportar democracia, aunque sea a la fuerza. Pero el objetivo de esta obra es de mayor alcance. Pretende comprender mejor la relación entre democracia y energía, y cómo la utilización de un determinado tipo de combustible (carbón, y sobre todo petróleo) tiene consecuencias fundamentales en la forma de organizar la política. Esta reflexión se hace particularmente relevante en un contexto en el que, como el autor indica, nos aproximamos a un horizonte de “fin del petróleo” y de cambio climático que puede suponer cambios drásticos en la forma de vida de los países industrializados.

El libro de Mitchell consta de una introducción y ocho capítulos, con unas conclusiones finales. El primero de los capítulos, y uno de los más interesantes del texto, se centra en la relación entre la aparición de la democracia y el uso

de las energías fósiles. Mitchell argumenta que la democracia moderna se construye sobre la infraestructura de la extracción de carbón. Antes de la Revolución Industrial, la única energía disponible era la de fuentes renovables, que obligaba a los seres humanos a una relativa dispersión para poder aprovecharla mejor. Todo esto cambió con el carbón, cuya extraordinaria potencia energética permitió la aparición de la industria moderna y el crecimiento de las ciudades y la población. Sin embargo, el industrialismo en sí no trajo la democracia, como han argumentado habitualmente los historiadores liberales: la burguesía, afirma Mitchell, nunca ha deseado la democracia, y las oligarquías del siglo XIX dirigieron más bien sus esfuerzos políticos al imperialismo y colonización de otras tierras (con el fin de explotar recursos pero también de impedir la imitación del modelo de crecimiento occidental). El autor atribuye la democratización en Occidente al esfuerzo de la clase obrera, particularmente los mineros (aunque no sólo ellos, también los ferroviarios y trabajadores de otras industrias), que contaban con un poder específico, resultado de su capacidad de interrumpir el flujo y transporte energético a través de huelgas y sabotajes. De este modo, la democracia y el bienestar occidental no sería tanto el resultado de la conciencia de clase obrera como de su capacidad de cortocircuitar la circulación de la energía, en este caso el carbón, forzando a los industriales a aceptar consensos. De hecho, el interés de estos últimos, a lo largo del siglo XX, habría sido el de sustituir el carbón por el petróleo, una forma de energía abundante y muy diferente en sus características (ligera, fluida, de fácil transporte mediante oleoducto o barco, y sobre todo susceptible de ser sometida a una escasez premeditada, punto que se desarrollará de manera amplia en capítulos posteriores), que permiten alterar, de alguna manera, el equilibrio de fuerzas existente en una economía del carbón. De hecho, buena parte de la política norteamericana a lo largo del siglo XX se centró en convertir el petróleo en la fuente básica de energía mundial, lo que contri-

buiría no sólo a sostener el dólar como reserva de valor en el sistema financiero mundial, sino a disminuir la influencia de las fuerzas del trabajo en la distribución de la energía, fuente de su poder de negociación. Este argumento es, indudablemente, fascinante, y nos introduce a una historización del dominio del petróleo, su producción y distribución.

Así, el segundo capítulo de la obra consiste en una historia del descubrimiento del petróleo en Oriente Medio, donde los cárteles de grandes empresas vinculados a los poderes imperiales (Reino Unido, Francia, Estados Unidos) van a jugar un papel fundamental no solamente en el descubrimiento y explotación de yacimientos, sino incluso en la constitución de nuevos Estados en la región (siendo Arabia Saudita un caso clásico). El autor describe minuciosamente los avatares de la geopolítica de Oriente Medio, vinculándolos a un *Great Game* de lucha por las fuentes de energía. Asimismo, se describen las diferentes estrategias de las grandes corporaciones para convertir el petróleo no solamente en un asunto de vital interés nacional-imperial, sino para frenar su producción con el fin de favorecer precios elevados que permitieron a estas grandes empresas gozar, durante muchas décadas, de beneficios absolutamente extraordinarios, reforzando su poder e influencia. El tercer capítulo se centra en las nuevas estrategias que, tras la Primera Guerra Mundial, Estados y compañías adoptan ante la pérdida de popularidad del colonialismo y las nacionalizaciones del petróleo que acometen México y la URSS. Así, se construirá en este período un discurso de la autodeterminación de los pueblos, por la que se reconoce el derecho a la independencia de Irak y otros Estados aunque, a la vez, se disminuye su autonomía mediante prácticas diversas de tutelaje. La Commonwealth será uno de los ejemplos más clásicos de estas nuevas estrategias de dominación para controlar los recursos naturales, que implicará de alguna forma una suerte de “consentimiento de los gobernados”.

El siguiente capítulo del libro profundiza en el análisis de estos mecanismos de consenti-

miento, describiendo las figuras del “protectorado” como prolongación de las viejas tácticas imperiales de control, y explicando en detalle el reparto de Oriente Medio entre las compañías petrolíferas de Europa y Estados Unidos, sobre todo en el caso iraquí donde se desarrolla un modelo en el que la población del lugar no participa de los beneficios del nuevo “oro negro”. El objetivo de las grandes corporaciones va a ser el de generar escasez, produciendo lo menos posible a precios elevados, y sustraer su actividad del control político democrático en sus metrópolis de origen. Sin embargo, este esquema entrará en crisis al crearse una infraestructura de transporte de petróleo que permite la creación de una nueva geografía de la protesta y la resistencia en Oriente Medio, con huelgas y revueltas: sin embargo, estas últimas son menos efectivas que las desarrolladas con el carbón, por las especiales características de una economía del petróleo. Y esta es precisamente el objeto de un detallado análisis en el capítulo posterior, en el que se narra la emergencia de un sistema mundial de gobierno de la economía construido sobre Bretton Woods y en el que el petróleo va a ser su centro al establecer una relación estrechísima con el patrón dólar imperante tras la Segunda Guerra Mundial. Mitchell describe de manera fascinante la forma en la que el petróleo se comercializa, impidiendo la creación de un “mercado auténtico” (el precio del barril no se fijará en un mercado hasta la década de los setenta), y las estrategias hacia Oriente Medio por parte de los EEUU, con su apoyo a las oligarquías justificando “razones de seguridad” o “intereses estratégicos” en un contexto de Guerra Fría, dañando los movimientos democráticos en la zona. Asimismo, el autor realiza una interesante reflexión sobre el surgimiento de nueva visión de la economía, en la que esta se presenta como una ciencia del dinero, en la que aspectos como la energía, los recursos materiales o el trabajo humano quedan fuera de análisis. Ello permite que “la economía” (expresada en nuevas herramientas, como la contabilidad nacional) se con-

vierta en un espacio sometido al dominio de expertos y que se presenta con un potencial ilimitado, del mismo modo que el petróleo que en esa época se presenta como una energía infinita.

El sexto capítulo del libro se titula “Sabotaje” y va a describir la historia de Oriente Medio durante la década de los sesenta en relación a ese control del petróleo. Durante dicho período, el malestar social en los países árabes va a llevar a que los Estados de la zona intenten controlar el petróleo, aunque en la mayor parte de los casos tal control no implica redistribución, lo que termina limitando notablemente la posibilidad de desarrollo de democracias de calidad. Por otra parte, las doctrinas de la administración Nixon de “lucha contra la subversión” van a favorecer que, en la región del Golfo Pérsico, tenga lugar un giro hacia el conservadurismo político (apoyado por EEUU) que suprime los movimientos obreros en los países árabes. Las estrategias occidentales en la región van a centrarse en promover crisis y generar inestabilidad política para salvaguardar los intereses de las compañías. Además, se producen cambios en el almacenamiento y transporte del petróleo que terminan afectando al conflicto industrial tanto en los países productores como en el Occidente industrial. Para empezar, el petróleo, por sus características (de extracción, de uso, de transporte por oleoductos) no es tan sencillo de interrumpir por parte de los trabajadores de estas compañías, que cuentan además con una fuerza de trabajo sometida a fuertes divisiones jerárquicas y étnicas. Por otra parte, los grandes barcos petroleros no sólo van a transportar energía, sino también bienes industriales y de consumo, dando un impulso decisivo al comercio internacional y permitiendo la deslocalización de industrias al mundo en desarrollo. Esto supondrá un golpe considerable a los intereses del mundo del trabajo en Occidente.

El siguiente capítulo continúa con este apasionante análisis histórico y social de la economía del petróleo, centrándose en los acontecimientos de los años setenta que van a reconfigurar por completo el panorama sociopolítico

mundial en varios niveles. Tomando como eje la bien conocida crisis del petróleo de 1973, Mitchell afirma de forma contundente que dicha crisis fue una construcción ideológica, pues no es cierto que por ejemplo se produjese menos petróleo (algunos países lo hicieron, pero otros aumentaron sus cuotas) y lo cierto es que no existía un “mercado” como tal. La forma en que la crisis se gestionó, con el pánico de los consumidores de fondo, fue desastrosa. Eso sí, contribuyó a que un nuevo mundo socio-técnico emergiese, con diferentes características: la visión de la energía como un sistema vulnerable e interconectado mundialmente, en contraste con la idea de abundancia anterior; Oriente Medio como espacio de encarnizada lucha política, donde el problema palestino y la injerencia norteamericana en la región se van a constituir como parte de un paisaje político en permanente inestabilidad, con ventas masivas de armas que reciclan los dólares gastados en petróleo; y el surgimiento del problema medioambiental como fuente de preocupaciones y, sobre todo, como discurso que va a justificar incrementos de precios. Además, las compañías petrolíferas se centrarán en adquirir activos energéticos rivales (gas, carbón, energía nuclear), impidiendo que estos se constituyan como alternativas viables al subir sus precios y, sobre todo, generar un discurso antinuclear y de moderación energética que sirve para que los precios del petróleo permanezcan altos, así como los beneficios de las compañías. En esta misma época, se termina creando un mercado del petróleo dentro de una nueva dinámica, en la que el neoliberalismo se constituye como alternativa ante los “excesos de la democracia”. Mitchell nos recuerda que son los industriales del petróleo los que financiarán los think-tanks conservadores que expondrán estas ideas.

Finalmente, el octavo y último capítulo tiene un título provocador: “McJihad”, que como puede el lector imaginar, trata de desmitificar esa supuesta relación antagónica entre los Estados Unidos de América (líder del mundo libre) y el fundamentalismo islámico, describiendo

do las peculiares relaciones entre ambos a lo largo de estas últimas décadas marcadas por la hegemonía del neoliberalismo. Y es que Mitchell señala que ha existido una alianza, visible o implícita entre los intereses norteamericanos y las grandes compañías petrolíferas con los Estados y movimientos religiosos más conservadores del Golfo Pérsico, lo que ha tenido importantes consecuencias en la política de la zona. Esa alianza moral, no exenta de tensiones, ha permitido que de alguna manera el petróleo haya financiado la yihad, pero a la vez la yihad haya permitido fluir el petróleo hacia las multinacionales, pese a episodios esporádicos de desencuentro (11-S), y en un contexto de inestabilidad política intensificada tras proyectos como la imposición de un régimen democrático en Irak construido sobre principios neoliberales. Mitchell concibe la *McJihad* como una deficiencia del capitalismo, resultado de la incapacidad del sistema de controlar por completo la economía del petróleo. El libro concluye con una reflexión sobre un futuro mundo sin petróleo, demandando el desarrollo de una “ciencia del pico del petróleo” que permita conocer, de manera más precisa, cuánto tiempo le queda a esta civilización construida sobre los hidrocarburos. El autor argumenta que los cambios energéticos tendrán una incidencia extrema en las formas políticas futuras, suponiendo un desafío para la democracia, tal y como la economía del petróleo deterioró la democracia del carbón.

Carbon democracy es un texto erudito y sugerente que trata de presentar una relación obviada por la mayoría de las ciencias sociales: la existente entre las instituciones socioeconómicas y políticas, y las formas de energía disponibles. Aunque puede acusarse a Mitchell de un cierto reduccionismo materialista, es indudable que su narrativa se encuentra muy bien engarzada, presentando una teoría coherente, atractiva y con gran poder explicativo, como habrá podido apreciar el lector que haya leído en detalle esta extensa reseña. Quizá para los lectores de *Papeles* resulte demasiado provocador algunos argumentos del autor, como el de situar

la política de “límites de crecimiento” y “medio ambiente” como uno de los pilares estratégicos de las compañías petrolíferas en su política de eliminación de alternativas al oligopolio energético. Aunque esto se matice en el texto, quizá Mitchell no haya tenido en cuenta lo suficiente la creciente influencia de los movimientos sociales ecologistas en estimular el debate sobre la energía, apareciendo estos movimientos infrarrepresentados o bajo sospecha en el texto. Asimismo, y como en todas las narrativas por muy ambiciosas que sean, hay elementos que quedan fuera del análisis: la esfera del consumo es un ejemplo llamativo, pues su incidencia en el reequilibrio en las relaciones entre capital y trabajo no ha sido en absoluto menor a lo largo de las últimas décadas (¿se puede pensar en un mayor factor de “consentimiento de los gobernados”?). Aunque la energía sea un eje central del industrialismo, los regímenes de organización socioeconómica del trabajo (fordismo, postfordismo) han sido probablemente más influyentes en las formas políticas democráticas que la lucha por el control de la energía. Pese a estas críticas, nos encontramos ante un texto extraordinario del que hay mucho que aprender, que debe leerse y, por qué no, traducirse y publicarse en castellano. Dicho queda.

Carlos Jesús Fernández Rodríguez,
profesor de sociología de la Universidad
Autónoma de Madrid